

## EL MONASTERIO DE ACOLMAN



No muy lejos de la ciudad de México, una enorme estructura solitaria domina el paisaje. Quienes viajan rumbo a las pirámides de Teotihuacan pueden observarlo mientras pasan, pero los que se detienen a visitarlo, disfrutan de un paseo inolvidable. El convento-fortaleza de Acolman es el más bello monasterio jamás construido en el valle de México. Según la leyenda, la cruz de piedra del atrio, con una extraordinaria cabeza de Cristo esculpida por indígenas, es la expresión de Aculmaitl, palabra indígena de la cual deriva el nombre de Acolman. El mito, originario de Texcoco, relata que el sol tiró una

flecha en suelo de Acolman y fue así como surgió el primer hombre de la tierra, a quien por tener sólo la cabeza, los hombros y los brazos, llamaron Aculmaitl, que significa, “hombro con cabeza”.

El convento-fortaleza data del siglo XVI, cuando los españoles impusieron a los indígenas el sistema de tributos llamado encomienda. La encomienda de Acolman fue atribuida al conquistador Pedro Solís. Cada ocho días los indígenas de Acolman tenían que pagar a los dueños 154 pesos, además de dos mantas tejidas para camas. El tributo diario total comprendía 1.60 celemines de maíz, cuatro gallinas, cuatro cargas de leña, un bulto de astillas, un costal de carbón, un pan salado, 160 chiles, 10 aguacates, 10 jitomates, 20 tunas, un cesto de tomates, tantas semillas de calabaza como un hombre puede contener en sus dos manos, 100 tortillas, sal, 10 cargas de forraje y 20 sirvientes indígenas para el encomendero.

La corona española justificaba esta explotación como parte de la misión de propagar la fe católica, puesto que el movimiento de reforma luterana se extendía por toda Europa; España era la responsable de promover la causa católica en las Américas. Antes de 1524, los primeros franciscanos habían llegado a México para iniciar la conversión de los indígenas al catolicismo. Visitaron Acolman, pero en 1539 lo cedieron a la orden de los agustinos, ya que era preciso convertir a los nativos antes de comenzar la construcción; el convento de Acolman probablemente no fue edificado sino hasta 1558, fecha inscrita sobre un capitel en el interior del templo. La fachada data de 1560 y aún estaba en construcción en 1571. Los nombres de los arquitectos son desconocidos, aunque recientes teorías sugieren que fueron los propios frailes a pesar de su falta de experiencia en la construcción. Los conventos mexicanos del siglo XVI son vivos ejemplos de lo que se ha llamado una “arquitectura sin arquitectos”, y sin duda el convento de Acolman sirvió como modelo para las sucesivas construcciones de los agustinos.

La mayoría de los conventos mexicanos siguen un patrón de construcción similar; a la entrada se encuentra el atrio, un amplio patio de entrada habitualmente rodeado de árboles, donde se llevaba a cabo la educación elemental, el catecismo, las procesiones y las misas al aire libre para los indígenas. Atrás del atrio se halla la iglesia, orientada por lo general hacia el oeste y a su lado el Claustro con un patio cuadrado y sus columnas, al cual rodean la cocina, el refectorio y la biblioteca.

Curiosamente el convento de Acolman posee dos claustros. Para explicar ésto se dan diferentes versiones, unos aseguran que el claustro más pequeño pudo haber sido edificado por los franciscanos; otros afirman que los agustinos cambiaban a menudo su distribución para poder realizar sus proyectos más grandes (y con

certeza Acolman fue uno de estos, lo que se demuestra por el hecho de que varios virreyes estuvieron allí), así que en 1580, vivían ahí 24 frailes, es decir casi cinco veces más que el número normal de habitantes en un convento de la Nueva España.

La fachada de la iglesia es una obra maestra de la escultura en piedra, tan elegante y perfectamente proporcionada que es reconocida como uno de los ejemplos más bellos del estilo plateresco mexicano. El término “plateresco” se refiere al intrincado trabajo escultórico que imita el trabajo fino sobre plata. Columnas en formas de candiles, decoradas profusamente enmarcan puertas y ventanas de una fachada. Las estatuas de San Pedro y San Pablo así como unos rebuscados medallones que representan la Anunciación, tienen una fuerte influencia italiana, ya que la mezcla de estilos es evidente; y va desde el escudo real de España hasta un jeroglífico correspondiente al nombre de Acolman. La figura de Cristo, los ángeles músicos y una multitud de esculturas de flores, animales, frutas y signos del zodiaco fueron tallados por manos indígenas. El esplendor gótico del interior de la iglesia, con su bóveda con nervaduras en forma de estrella de ocho puntas, está adornado con frescos monumentales que ilustran profetas y prelados ricamente ataviados y sentados en tronos magníficos.

El claustro principal también se halla decorado con frescos didácticos. En un rincón del piso superior, se encuentran dos pinturas en buen estado, “La Pasión de Cristo” y “El Juicio Final”, copias que realizara un artista indígena de grabados europeos, en las que asombra el detalle con que son presentados los tormentos del infierno. Ambas pinturas están enmarcadas por complejos elementos arquitectónicos y florales. Un friso ancho, que contiene textos religiosos y que corona las cuatro paredes del Claustro.

Poco antes de la llegada de los españoles, el pueblo de Acolman, que en otro tiempo formara parte de una ciudad-estado independientemente, había sido conquistado por los aztecas. En 1580 estaba todavía en pie el templo mayor dedicado a Tezcatlipoca, uno de los cuatro dioses originales, así como un templo redondo, dedicado tal vez a su hermano Quetzalcóatl. Varias esculturas antiguas, incluso dos Chac mool, mensajeros del dios de la lluvia, fueron hallados en el monasterio de Acolman.

En 1630, para prevenir una inundación en la ciudad de México se construyó un dique cerca de Acolman. El monasterio se hundió poco a poco en una capa de dos metros de lodo y fue abandonado en el siglo XVIII. Con la nueva conciencia de la preservación histórica, los arqueólogos de nuestro siglo excavaron una terraza alrededor del convento y restauraron los edificios de piedra talladas a mano, revelando una vez más el fervor y la industria del México colonial.



**AUTORÍA DEL DOMINIO PÚBLICO**

“POR MI RAZA HABLARÁ EL ESPÍRITU”  
Ciudad Universitaria, D.F.